

Espergesia

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben
del diciembre de ese enero.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Hermano, escucha, escucha...
Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar eneros.
Pues yo nací un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que mastico... y no saben
por qué en mi verso chirrían,
oscuro sinsabor de féretro,
luyidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

Todos saben... Y no saben
que la Luz es tísica,
y la Sombra gorda...
Y no saben que el misterio sintetiza...
que él es la joroba
musical y triste que a distancia
denuncia
el paso meridiano de las lindes a las
Lindes.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

Los heraldos negros

Hay golpes en la vida, tan fuertes...
¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como
si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Son pocos; pero son... Abren zanjas
oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo
más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros
Atilas;
o los heraldos negros que nos manda
la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos
del alma
de alguna fe adorable que el Destino
blasfema.
Esos golpes sangrientos son las
crepitaciones
de algún pan que en la puerta del
horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... ¡pobre! Vuelve
los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos
llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en
la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes...
¡Yo no sé!

Masa

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia
él un hombre
y le dijo: "¡No mueras, te amo
tanto!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
"¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la
vida!"

Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil,
quinientos mil,
clamando "¡Tanto amor y no poder
nada contra la muerte!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: "¡Quédate
hermano!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces todos los hombres de la
tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste,
emocionado;
incorporose lentamente,
abrazó al primer hombre; echose a
andar...

**Piedra negra sobre una
piedra blanca**

Me moriré en París con aguacero,
un día del cual tengo ya el recuerdo.
Me moriré en París y no me corro
tal vez un jueves, como es hoy, de
otoño.

Jueves será, porque hoy, jueves, que
proso
estos versos, los húmeros me he
puesto
a la mala y, jamás como hoy, me he
vuelto,
con todo mi camino, a verme solo.

César Vallejo ha muerto, le pegaban
todos sin que él les haga nada;
le daban duro con un palo y duro

también con una sogá; son testigos
los días jueves y los huesos húmeros,
la soledad, la lluvia, los caminos...